

(Federico se sienta en una de las sillas y queda ensimismado unos segundos.)

FEDERICO:

Ya ni espera, ni amigo, ni esperanza.
Sólo una larga noche a mi voz prohibida;
Ya sólo una muerte oculta, equivocada.

Y si llamo a la luz de poeta en mí encendida,
y acuerdo que esta noche la comprensión no es necesaria,
¡cuánto dolor aún, cuánta tristeza en mi alma confundida!,
¡qué tenazas de angustia fría me muerden la garganta!

Ya me requieren los precipicios de mi vida,
el abismo ignoto que ni la muerte alcanza.
Ya las alondras de la mente restañan sus heridas.
Ya es la hora precisa en que termina la batalla.

Yo ya no me llamo Federico.
Yo ya no soy el poeta de Granada.

¡Oh, locura de una noche granadina,
pesadilla imposible de estupidez alimentada!

(Entran dos guardias de asalto y esposan a Federico. Uno de ellos le pone la chaqueta del traje sobre los hombros. Después, salen los tres en silencio. Se hace un oscuro y la acción se traslada a las Colonias de Víznar. La puerta está cerrada. La escena se ha desconectado por completo del exterior de las Colonias. Toda la acción ha de parecer irreal, como transcurriendo en un tiempo de reloj imaginado, ajeno al tiempo exterior. Los cuatro presos están sentados en sus sillas, en silencio.)

GALADÍ: ¿Qué hora es?

DIÓSCORO: Las cinco y media en punto.

(El nivel de luz va disminuyendo lentamente hasta que el escenario queda oscuro. Después, también lentamente, vuelve a alcanzar su nivel luminoso anterior. En el centro de la escena aparece ahora la figura de la

Sombra. Su aspecto es grave y, a la vez, amigable. Lleva una túnica larga y blanca que le cubre de la cabeza a los pies descalzos. Su rostro ha de poseer una hermosura desgarradora. Hay manchas de tierra en su túnica y lleva en sus manos algunas flores blancas y violetas de cementerio. La Sombra se mueve pausada y delicadamente y demuestra sentir cierta timidez ante los otros personajes.)

DIÓSCORO: ¿Quién eres tú que vienes a perturbar nuestra intimidad postrera, nuestro derecho a la última ternura? ¿Eres acaso una sombra o quizá una burla macabra urdida por nuestros verdugos? Mira que la paciencia no es ya necesaria, que no nos queda tiempo para el miedo o el escarnio.

FEDERICO: ¡Las criaturas no quieren ser sombras!

SOMBRA: No temáis nada de mí. Yo soy vuestra amiga. No una sombra de paraíso o infierno, ni una burla postrera de verdugo. Soy vuestro ser potencial irrealizable y sólo me separa de vosotros el corto término que os resta de la vida.

FEDERICO: Visitante macabro de la madrugada, ¿en nombre de qué vienes? ¿De las hojillas trémulas del Arte o de las enciclopedias oscuras de la Ciencia?

(La Sombra va mirando sucesivamente a cada uno de los condenados con gestos de gran ternura.)

SOMBRA:

Yo soy como un niño que quisiera
volver a nacer, y nacer cada mañana
a la hora precisa en que la tierra
reciba vuestra sangre acribillada.

Yo soy el fruto imposible, la cosecha
producida por esta tierra resignada,
cultivada con odio, sangre y calaveras
por los carroñeros terribles de la madrugada.

No soy sueño, ni luz ni sementera.
No soy fuego, ni odio ni palabra.
Una vida imposible soy, una quimera
desvanecida en la fuente donde llora el agua.

FEDERICO: ¡Donde el agua llorará eternamente por este crimen increíble del amanecer! Tú eres pues la muerte mía. La muerte anticipada de cada uno de nosotros. Pero yo te pregunto, ¿es cierto que eres nuestra amiga?; ¿puedo llamar amiga a mi propia muerte y esperar su consuelo?

SOMBRA: Sí. Y también podéis llamarme madre o hija y esperar todo mi amor.

GALADÍ: ¡Qué amor de hielo!

CABEZAS: ¡Así todo se confirma! Nuestra vida se desvanece.

DIÓSCORO: ¡Ay de nosotros!

FEDERICO: Es verdad que en ti yo percibo algo celeste y cálido; algo que me recuerda todos los momentos de mi niñez, todas las tristezas de mi vida futura.

SOMBRA: Trascendida y liberada del dolor de todo nacimiento, sí, yo soy vuestra muerte. A vosotros sólo sonriente, amable, amiga. Sólo vuestra, sólo a vosotros debida: el producto más acabado de vuestra infancia. En mí, todas vuestras criaturas imposibles, las luminarias de vuestro miedo fecundo y los ecos de los hijos que la naturaleza ha negado a vuestro amor de alcoba.

GALADÍ: Yo nunca tuve miedo: fui fecundo en el valor y generoso con la vida.

CABEZAS: ¡No me abandones ni me llesves contigo, amiga mía!

SOMBRA: Sabed también que yo soy la recompensa amarga que los habitantes de esta tierra de cicuta dan a la altura de vuestro valor y genio, el precio exacto que han de pagar por su ignorante locura.

FEDERICO: Si de verdad eres mi amiga, dame tu consuelo, las fuerzas que me faltan.

SOMBRA: Me encontraré con tu corazón alado junto a la fuente de Aynadamar, la fuente fría de las lágrimas y, cada tarde, bajaremos juntos por la acequia cantando la canción eterna del agua, para regar los cármenes de las colinas y los jardines de la Vega, para dar frescor en el verano y, en primavera, formar un prado apacible de flores y caracoles. Nos sentaremos en remanso a conversar con los gitanillos a la orilla de los ríos, a escuchar los secretos de las muchachas inocentes y llorar con Boabdil la gran pérdida de Granada. Y por el mar, llegaremos a Harlem, donde los negros han reunido a todos los pobres del mundo y esperan impacientes tu regreso. *(Hace un gesto de cansancio)*

FEDERICO: ¡Allí ya te conocí!; siempre furtiva por entre los rascacielos y los cubos de basura, jugando al *poker* con los negros musicales en los muelles ocultos.

SOMBRA: Tu ausencia limpia, ilimitada, los perfiles que tuviera tu alegría, quedarán para siempre en todos los escenarios, por todos los callejones de silencio y en las cumbres de las ganaderías. Serás reconocible en la frente de los niños inocentes y en la oscuridad de los besos furtivos. Excepto en ti, convertido para siempre en fotografía, algo que llamarán Federico permanecerá en la vorágine de las generaciones, como un gesto magistral de la creación.

FEDERICO: ¡Ay qué belleza compartida tan triste me prometes, qué dolor de clavos oxidados traes a mi corazón! *(se acerca a la Sombra y trata de acariciar su rostro)* Si me han de arrebatarme mi vida verdadera, mi certidumbre de tacto, única prueba real de que vivimos, ¡qué me importan a mí ni mi obra ni su cosecha mezquina, germinada por los martirios infinitos que las raíces darán a mi cuerpo enterrado a la vera de los olivos! ¡Oh, amargo sabor de esta hora funesta!

(Federico queda cabizbajo, resignado en una tristeza infinita.)

SOMBRA: ¡Pobre Federico! ¡Tan niño aún y ya tan incomprendido y amable con su muerte! No soy yo quien apresura el momento fatal

de nuestro encuentro. Nadie como tú ha comprendido toda la extensión de mi tristeza.

DIÓSCORO: ¡Sombra! Somos hombres a punto de rendir nuestras vidas. Te ruego pues que contestes a esta pregunta: ¿Es Dios un invento de los hombres, una mentira provechosa para algunos?

SOMBRA: Con esta duda te has de ir de este mundo. Yo, Dióscoro, nada tengo que ver con esas cosas.

DIÓSCORO: ¡Extraña sombra que nada prueba de la vida futura!

SOMBRA: Yo tengo sentimientos y, como todos, estoy condenada a la misma ciencia positiva.

DIÓSCORO: ¿Y qué tienes que decirme para mi consuelo?

SOMBRA: ¡Ay Dióscoro! ¡Querido maestro de escuela republicano! Aquí, en estas mismas Colonias, cada mes de agosto se han oído las risas de los niños de las escuelas. Pero este año sólo una muerte mucho más poderosa que yo misma, es aquí la dominadora. Tu pérdida, Dióscoro, reducirá el horizonte de las escuelas y llenará de veneno el aire de los pupitres. Vendrán generaciones enteras de niños ignorados de ternura, de niños tristes. Fíjate bien Dióscoro en lo que digo, ¡niños tristes! Sin hombres como tú, a la naturaleza le dolerán las entrañas.

DIÓSCORO: ¿Cómo podría ser esto un consuelo para mí? Lo que dices me duele hasta en el hueco de la pierna que me falta.

SOMBRA: La inteligencia entusiasmada que tuviste, buen Dióscoro, la pérdida que dejas en las causas de futuro, son esperanzas verdaderas para el mundo. Y yo se de ti que eres tan cabal, tan generoso, tan buen republicano, que esta sola idea será suficiente para tu consuelo. Toda la tristeza que te quede es absolutamente irremediable, sin embargo.

DIÓSCORO: Yo quiero sentir la risa de los niños de mi escuela y adivinar la de sus hijos. ¿Qué será de ellos ahora, abandonados en las manos de estos asesinos?

SOMBRA (*dirigiéndose a Galadí y Cabezas*): A vosotros quizá os conozca mejor que a ninguno. Vuestra vida ha sido una continua invocación a mi presencia prematura. ¿Qué os podría decir yo a

vosotros, tan acostumbrados a mirarme cara a cara? Me siento orgullosa de vosotros.

CABEZAS: A veces no estamos seguros.

GALADÍ: ¡Hemos oído tantas cosas sobre nosotros!

SOMBRA: Para las gentes bien nacidas, habréis de representar el valor, la gallardía, la grandeza incomparable del gesto defensivo de los pobres. Los otros os llamarán extremistas, aprendices de toreros y sólo os concederán el mérito dudoso de haber acompañado, con la vuestra, a un poeta genial en su agonía. Todo el Albaicín conoce vuestras gestas; los buenos aficionados, saben de vuestras tardes de triunfo, y yo, que estoy hecha del futuro infalible que vuestro impulso conforma, os digo que también hubierais podido morir en algún ruedo, después de una faena memorable.

GALADÍ (*sonriendo*): Hubiera sido un gran maestro. Un Belmonte hubiera llegado a ser. No me falta valor ni arte para ello.

CABEZAS: A mí me habría bastado el ganar pan suficiente para los míos.

SOMBRA: ¡Queridos toreros granadinos!, depositarios de todas las tradiciones de un mar. Descansad ahora, amigos míos, que ya la vida os ha cobrado bastante amor, suficiente valentía.

GALADÍ: Aunque tu faz, Sombra, siempre es ingrata, a ti me consagraré por mi querida República.

CABEZAS: ¡Ojalá nuestra sangre sea la última que se derrame impunemente en el mundo!

(Los cuatro condenados quedan en silencio. La Sombra se dirige entonces al público.)

SOMBRA:

¡Ay qué oficio tan triste es este mío
venir reducida a ser final sangriento
de dos valientes toreros granadinos
de un poeta genial y un buen maestro!

(Dirigiéndose a los cuatro presos) Fuera la hora del alba se aproxima.
Ya es tiempo que os deje por ahora. ¡Hasta pronto, queridos amigos
míos!

(La Sombra se desvanece. Después hay una breve pausa.)

GALADÍ: ¿Qué hora es?

DIÓSCORO: Las cinco y media en punto.

FEDERICO: ¡Oh, pesadilla incomprensible de esta hora funesta!

(El mismo escenario con la puerta entreabierta. Todos están sentados ahora en sus sillas. Ahora Federico ha envejecido. Lentamente se levantan y, silenciosamente, van reuniéndose en el centro del escenario. Se oyen de nuevo el sonido del agua en el molino y el rumor de la guitarra lejana. El diálogo que sigue transcurre lentamente, en tono decaído.)

FEDERICO: ¡Ay de mí!

GALADÍ: ¡Ay!

CABEZAS: ¡Ay de todos!

DIÓSCORO: ¡Ay de todos nosotros!

(pausa)

FEDERICO *(mirando su reloj)*:

¿A qué hora vendrán?

GALADÍ:

A la hora en que muere la oscuridad.

(Empieza a clarear por la puerta.)

CABEZAS:

¿Dónde nos llevarán?

DIÓSCORO:

Junto a la fuente de Aynadamar.

GALADÍ:

¿Y cuándo nos matarán?

FEDERICO:

Cuando suenen las campanas de la catedral.

(pausa)

DIÓSCORO: ¡Ay de mí!

CABEZAS: ¡Ay!

GALADÍ: ¡Ay de todos!

FEDERICO: ¡Ay de todos nosotros!

(Después de una pausa breve, entran tres guardias junto con varios desconocidos siniestros de paisano. Parecen tener prisa y actúan como si de un trabajo rutinario se tratara. A partir de este momento y hasta el final del cuadro, todos los movimientos de los personajes han de ser rápidos y violentos y sus diálogos, apresurados.)

GALADÍ: ¡Ya llegó nuestra hora!

FEDERICO: ¡Sí! ¡Ya llegó! Pero aún es oscuro. ¡No nos separemos!

CABEZAS: ¡Mantengámonos juntos! ¡Ya para siempre juntos!

DIÓSCORO: ¡Por favor, ayudadme a levantarme!

(Mientras los guardias atan a Federico con Dióscoro y a Galadí con Cabezas, los cuatro condenados se debaten tratando de que no los separen. Los civiles miran la escena sonriendo.)

DIÓSCORO:

Nos matarán cuando el alba
no deje a los carniceros
distinguir, ¡no les importa!,
a quien matarán primero.

GALADÍ:

Compartiremos las balas.
La muerte compartiremos.
Dos torerillos marxistas,
un poeta y un maestro.

FEDERICO:

Se mezclará nuestra sangre.
Nos abrazaremos muertos.
Vuestra será mi carne.
míos serán vuestros huesos.

CABEZAS:

Reunidos por la muerte,
muertos nos miraremos.
Mía será vuestra carne
y vuestros serán mis huesos.

DIÓSCORO:

En las noches de tormenta
os contaré mis secretos;
y cuando la luna brille,
vosotros a mí los vuestros.

GALADÍ:

Y cuando pasen los años
ya nada distinguiremos.
Mi tierra será vuestra tierra
y nuestro destino el viento.

FEDERICO:

Nunca encontrarán una tumba,
ni en la Tierra ni en el Cielo,
con dos toreros del Sur,
un poeta y un maestro.

(Los sacan violentamente de las Colonias. La luz empieza a entrar por todas partes.)

TELÓN